

II. LAS BASES CULTURALES DE LA IDENTIDAD POLÍTICA

COMO SE SABE, la “cultura” es susceptible de ser definida de múltiples maneras. De hecho, esa *polisemia* del término ha contribuido a que a la categoría “cultura política” se le asignen también diversos significados. Por ello, parece necesario hacer explícita una definición de cultura que permita acotar de mejor manera el tipo de problemas que se han venido indicando. Recurriremos para ello a Clifford Geertz, quien señala que la cultura es un concepto esencialmente semiótico:

Creando con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es una urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en

busca de significaciones. Lo que busco es la explicación, interpretando expresiones sociales que son enigmáticas en su superficie.¹¹

Como se puede observar, dentro de esta perspectiva analítica se delinea una categoría que resulta central para el enfoque de la cultura política que hemos propuesto, y que no es otra que la de *sentido*.

En efecto, la cultura proporciona un marco que orienta y otorga inteligibilidad a las acciones de todo sujeto. Al aportar un sentido a las prácticas sociales, se ordena la realidad y se generan las certezas esenciales requeridas para afirmar una determinada identidad. La cultura, en tanto espacio simbólico de clasificación y sistematización de la realidad, no sólo da sentido a la circunstancia existencial de cada sujeto, sino que, en ese mismo proceso, construye la identidad social y política del mismo. Por lo anterior, el significado que le hemos dado a nuestro concepto de cultura política parte también de la premisa de que las identidades políticas son siempre enigmáticas en cuanto a su significado pro-

¹¹ Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México, 1987, p. 20.

fundo, lo que obliga a un trabajo de interpretación que ponga al descubierto cuál es precisamente el sentido, el valor y el alcance de los discursos y las prácticas de un determinado sujeto.

Ciertamente, las prácticas políticas son, para usar una categoría psicoanalítica, un síntoma¹² de los procesos formativos que están detrás de ellas y desde los cuales cada acto, cada manifestación, cada voto, o cualquier otro tipo de actitud frente a la política, adquiere un significado particular que hay que interpretar siempre dentro de sus causalidades y contextos específicos. Así, por ejemplo, el sentido que tiene emitir el voto por un cierto candidato, o la valoración de la importancia de la participación en un acto colectivo, será distinto dependiendo de la forma en que dicha acción haya sido originada por determinaciones sociales, económicas, ideológicas y políticas.

¹² Para Freud, los síntomas eran la expresión de tendencias psíquicas contradictorias que respondían a requerimientos incompatibles de las distintas instancias de la subjetividad, es decir, de la conciencia y el inconsciente. Por ello, los síntomas se entienden como “formaciones de compromiso” entre tales tendencias, que no se reconocen en estado puro ni en los comportamientos ni en los discursos del sujeto.

Por ello, la inclusión del concepto de *sentido* dentro de la reflexión sobre la cultura ha llevado, en el plano del análisis político, a que disciplinas como la sociología y la ciencia política profundicen en la investigación en torno al conjunto de factores que influyen en la generación histórica de las identidades y, por lo tanto, de los comportamientos de los sujetos políticos.

Así, por ejemplo, y reconociendo sobre todo las aportaciones de la antropología y la filosofía de orientación estructuralista, resulta evidente que el sujeto en cuestión, en tanto soporte de la acción política, no puede concebirse, a la manera de ciertas tradiciones filosóficas, como entidad autónoma dotada de la capacidad de plantear estrategias de forma independiente y llevarlas a término sin mediación alguna. Se ha demostrado ya, y ello coincide además con el enfoque psicoanalítico referido antes, lo insostenible de una perspectiva que piensa a los sujetos como preconstituidos e inalterables en su identidad a lo largo de los procesos en los que se desenvuelve.

Ángel Flisfisch, por ejemplo, ha criticado dicha perspectiva, a la que ha tipificado como "Paradigma del

príncipe”, señalando que éste “asume el punto de vista de la categoría de actor [y que] si bien el actor cuyo punto de vista se asume puede ser cualquiera, la política es siempre vista desde un determinado agente, cuyo interés es el de producir efectos sobre un mundo sociopolítico exterior a él, para realizar un deber social de cuya idea es portador [...] el paradigma parte de una imagen egocéntrica de la sociedad, y la política ideal es aquella que produce precisamente los efectos que la gente le ha preasignado”.¹³

Evidentemente, en una concepción como ésta se partiría de la suposición de que existen sujetos políticos inalterables que mantienen una mentalidad y una estrategia rígidas con independencia de las influencias de diversa índole a las que se ven sometidos a lo largo de su desenvolvimiento.

Para superar esta visión restringida y ahistórica conviene plantear dos perspectivas novedosas y complementarias: la primera, referente a la forma en que los sujetos se constituyen históricamente en tanto entida-

¹³ A. Flisfisch, “Hacia un realismo político distinto”, en *¿Qué es el realismo en política?*, Catálogos Editora, Buenos Aires, Argentina, 1987.

des heterogéneas y variables,¹⁴ y la segunda, concierne al tipo de factores culturales que dan cuenta de las modalidades de su constitución y funcionamiento.

La primera de las perspectivas señaladas conecta con lo que en el enfoque tradicional se denominó “proceso de socialización”, sólo que ahora parece pertinente insistir no sólo en la ubicación de los espacios correspondientes (familia, escuela, medios de comunicación, partidos políticos, etc.), o en el grado de politización (primaria o secundaria) que generan, sino también en el resultado de su acción en términos del carácter contradictorio de las subjetividades construidas por la acción combinada de ellos. Se puede sostener, entonces, que las identidades políticas se van articulando a través de una cotidianidad que transcurre en esferas disímbolas en las que tiene lugar el entrecruzamiento de normas, actitudes, creencias y expectativas del más diverso tipo.

¹⁴ Con el fin de precisar la exposición, diremos que los sujetos a los que se alude pueden adoptar la forma de partidos políticos, movimientos sociales de carácter coyuntural u organizaciones sociales de diversa índole que bajo ciertas circunstancias inciden en el plano de las relaciones de poder que tienen como escenario el sistema político de una determinada colectividad.

Al afirmar la heterogeneidad y la contradictoriedad de las identidades políticas se está aseverando que no hay culturas políticas homogéneas que produzcan identidades políticas uniformes. Lo que existen son rasgos de identidad que nos van a permitir entender las respuestas “contradictorias” que cada sujeto puede dar, tanto individual como colectivamente, a ciertas situaciones y a ciertos problemas.

De aquí que uno de los problemas que más ha llamado la atención en la investigación reciente sea el de los mecanismos que permiten otorgar un mínimo grado de organización y cohesión política en este contexto de heterogeneidad, esto es, la manera en que se pueden edificar los consensos políticos y propiciar acciones unitarias. En este sentido, un factor de primera importancia está dado por la manera en que en determinadas coyunturas se da prioridad a ciertos temas y problemas y se subordinan otros, permitiendo que la cohesión se produzca alrededor de objetivos parciales compartidos que inhiben la expresión de las diferencias, que permanecen, así, en estado latente.¹⁵

¹⁵ A su manera, los sujetos políticos tienen también internamente que generar “acuerdos en lo fundamental” lo suficientemente convincentes

La segunda perspectiva tiene que ver con las matrices culturales o marcos ideológicos en los cuales, y desde los cuales, se desencadenan los procesos formadores de las identidades políticas. A través de discursos, ideas, proyectos y símbolos se producen imágenes de un futuro posible y deseable que funcionan como ofertas políticas orientadas a satisfacer las demandas de los sujetos. Como sostiene Óscar Landi, los dispositivos ideológicos configuran identidades y “ciudadanías políticas”,¹⁶ susceptibles de recorrer el amplio marco de posiciones que van del totalitarismo a la democracia.

tes para evitar rupturas fundadas en la emergencia de los desacuerdos que siempre existen a propósito de uno u otro tema del debate y la competencia política. Desde el punto de vista de la identidad de los sujetos políticos, se requiere de un mínimo grado de organización y cohesión, de aquí que la relativa coherencia que debe distinguir a la acción de los sujetos políticos tenga que ser pensada a partir de la formación de consensos susceptibles de ser plasmados ya sea en programas estables o en reivindicaciones y consignas de corte coyuntural. En este marco, cobran importancia las condiciones indispensables para evitar la anarquía y la desagregación de los sujetos políticos a partir de pactos mínimos que establezcan prioridades que hagan posible la acción común a distintos niveles.

¹⁶ Óscar Landi, “Lenguaje, identidades y ciudadanías políticas”, en *Estado y políticas en América Latina*, Siglo XXI, México, 1981, pp. 172-178.

Siguiendo esta línea de razonamiento, se puede entender el porqué resultan inviables las explicaciones de matriz empirista que asignan a los sujetos atributos fijos de acuerdo a su supuesta ubicación “objetiva” en la estructura social, por ejemplo, en los procesos de producción o en la esfera de la llamada sociedad civil. Evidentemente, el perfil político de los sujetos concebidos desde tal óptica tenía que obedecer a una lógica férrea de derivación de la subjetividad a partir de la “existencia material”, tanto de las clases como de los distintos grupos sociales. Así, a un mismo “ser social” correspondería de forma unívoca una conciencia coherente y homogénea, que sería tal precisamente por la fuerza de su determinación “objetiva”.

En la actualidad ya no es necesario extenderse demasiado con respecto a los supuestos de dicha concepción y a sus efectos en el campo particular de la teoría marxista. Autores como Ernesto Laclau han desmontado el esquema reduccionista asociado al término “conciencia de clase”, mostrando sus limitaciones para pensar el universo de la política.¹⁷ También ha sido ya

¹⁷ Señala Laclau: “En la raíz de esta concepción reduccionista de la sociedad se encuentra un supuesto empirista según el cual las clases

suficientemente aclarado que la sociedad civil, en tanto esfera diferenciada de la sociedad política, es un escenario en el que coexisten y compiten las posiciones y los intereses más diversos y en ocasiones encontrados, por lo que sería imposible asignarle una identidad única, portadora de atributos e intenciones uniformes.

A contracorriente de estos postulados, la referencia al carácter heterogéneo y contradictorio de las identidades propias de los sujetos políticos, apunta, como detallaremos más adelante, a la diversidad de sus fuentes formadoras, mismas que atraviesan de punta a punta el tejido social y político de las comunidades. De esta manera, a través de la crítica a las visiones empiristas y deterministas, se ha hecho posible el reconocimiento del carácter productivo y autónomo de la política y, junto con ello, la materialidad de la cultura que es uno de sus principales sustentos.

se identifican con los grupos sociales empíricamente dados. [Se parte de] la afirmación de que las formas políticas y de conciencia de los agentes sociales son formas necesarias derivadas de la naturaleza de clase de los mismos". Ernesto Laclau, "Tesis acerca de la forma hegemónica de la política", en *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Siglo XXI, México, 1985, pp. 19-20.

Como se podrá observar, una de las causalidades tradicionales de las disciplinas sociales se ha invertido por completo: no es la materialidad de los “hechos” la que induce ciertas representaciones subjetivas, sino que son estas representaciones las que precisamente condicionan el sentido de las prácticas de los actores.

La cultura política es un enfoque, entonces, que reivindica de una manera definitiva la materialidad de las ideologías, constatable tanto en los discursos que circulan en los diversos espacios de la interacción social, como en el significado implícito que toda práctica y todo hecho conllevan.

Cabe reiterar que las investigaciones desarrolladas en este sentido han puesto de manifiesto lo indispensable que resulta para el análisis politológico el auxiliarse de algunos aportes de disciplinas vecinas como la antropología, la lingüística y el psicoanálisis.¹⁸ Tomados en conjunto, estos campos de conocimiento han ayudado a superar una visión estrechamente determinista

¹⁸ Cfr. Gerard Pommier, *Freud ¿apolítico?*, Nueva Visión, Buenos Aires, Argentina, 1984, y Manuel García Pelayo, *Los mitos políticos*, Alianza Universidad, Madrid, España, 1981.

sobre la subjetividad, haciendo evidente que en ella confluyen distintos tipos de espacios y prácticas formativas.

Siguiendo esta línea de razonamiento nos encontramos con que desde el punto de vista de los canales formativos de las identidades políticas, éstas aparecen, al igual que las identidades de cada sujeto individual, no como realidades espontáneas sino como un producto contingente, por lo que no habría ningún esencialismo alrededor de ellas ni existiría ninguna necesidad o fatalidad históricas que explicara su actuación o sus finalidades políticas. Por el contrario, lo que hay es siempre una variedad de reacciones y comportamientos derivados de procesos formativos diferenciados que son siempre irrepetibles.

En este contexto, la categoría de sujeto político, tal y como proponemos utilizarla, se hace cargo de algunas hipótesis en torno a los mecanismos básicos que orientan la construcción de la identidad y que se perciben con claridad en uno de sus casos extremos: la identidad formada por el discurso mítico. Por su carácter ejemplificador y sugerente nos detendremos, como ya habíamos anunciado, a analizarlo con algún detenimiento.